

corriente de las artes, para que ésta circulase con mayor riqueza y a más velocidad. Cuando el aficionado medio visita el Museo de Arte Moderno de Barcelona, se encuentra con que ocupa un sitio de honor dentro del mismo la figura de Isidro Nonell. Pero es muy corriente que el mismo se pregunte: ¿Quién fué Nonell? ¿Por qué se da tanta categoría en esta pinacoteca a Isidro Nonell? Ya que este artista está muy lejos de calificarse entre sus compatriotas como un «artista popular».

Rafael Benet, recientemente, ha hecho muchísimo por la divulgación de esta figura. En la colección «Iberia», donde nuestro pintor y tantas otras personas vienen popularizando figuras plásticas de todos los matices, ha dedicado un estudio a Isidro Nonell. Como Benet escribe fundamentalmente para catalanes, para seres entre los que la figura del gran artista no es tan desconocida, su estudio se permite la elasticidad de varios puntos de vista, entre los que no se desprecian los polémicos. Pero todo él fija la importancia nonelliana. A lo largo del mismo se analiza un tiempo, un sentido, una personalidad. Y aunque Rafael Benet, por hacerlo «desde» nuestro tiempo, recomiende un retorno a lo eterno y un desdén por lo originalista, perfila la época en que la originalidad, sobre todas las cosas, era lo que privaba. Y la razón fundadora que dentro del artista moderno posee Isidro Nonell.

Terminaba el siglo XIX, y todo el arte se había cansado de servir a los hombres de mediador absoluto. El fenómeno resulta demasidado complejo para resumirlo en esta página; pero es lo cierto que los mejores artistas, los artistas más responsables, sintieron por aquel entonces una llamada, que alrededor de la guerra del 14. se convertiría en obsesión. Isidro Nonell, el hombre que en 1891 pinta su «Paisaje de Areyos de mar», y entre el 92 y 96 «Almíares», «El patio», «La escalera», «Higuera», «Patio soleado» y «Paisaje suburbial», prefiere a la pintura como intercesión entre lo absoluto y los hombres, la «pintura-mito». Y fundamentalmente, obsesiva-

mente, utilizando como base la extraña planta de gitanillas y gitanas, crea una pintura directa, característica, llena de bronquedad y de dramatismo, en la que el mundo se reduce, y la plástica, al ganar en intensidad, sólo nos habla de unos seres que para brindárenos con apariencia de fantasma lucen la más impresionante robustez.

Cuando el arte concluía las presencias, se traiciona, según el artista moderno, y mentía una plenitud, no dominada por el artista. Cuando el arte trata de bastarse a sí mismo, de justificarse por sí mismo, Isidro Nonell, entre los fundadores del arte moderno en España, crea un arte de fantasmagórica presencia, dentro del que los problemas del color y la forma, estudiados con una seriedad digna de tenerse en cuenta, nos entregan soluciones pictóricas de la más legítima densidad. Sus criaturas—y puede verse en la seleccionada como ejemplar entre muchas—, poseen mucha más entraña, mucha más ardida intimidad que apariencia. Las figuras de Nonell, las gitanas y las dramáticas presencias que le han dado fama, parecen en muchas ocasiones rescoldos más que existencias, y brasas provenientes de una combustión impresionante más que latidos deseosos de vivir. En sus bodegones famosos nos encontramos con realidades muertas que pretenden impresionarnos por una calidad resultante de cierta desazón extraordinaria, reflejadora de la que calificó al artista. En los cuadros más delicados de motivo, hay una materia, un puñado de formas, enloquecidas—pudiera escribirse—por afán de expresarse. De expresarse doblemente, tremendamente, desde la síntesis dramática que supone la pintura de Isidro Nonell.

Nonell es de los primeros artistas que en España, y concretamente en Cataluña, luchan contra lo espectacular, y pretenden llegar a los hombres a base de síntesis considerables. Nonell, que en su período que pudiéramos llamar «realista», es tan honesto de procedimiento como un Beruete, no pierde la castidad expresiva a la hora de la síntesis, y trata, en aras de la síntesis trágica